

M.E. HOLLOW

# Nikita reexaminada

## “*La femme Nikita*”

Film escrito y dirigido por Luc Besson, 1991

Fotografía: Thierry Arbogast. Edición: Olivier Mauffroy. Música: Eric Serra

Edición especial en DVD, 2003, MGM Home Entertainment

Duración: 115 minutos

Países: Francia e Italia. Lenguaje: Francés

*PERSONAJES.* –Nikita (Anne Parillaud), joven drogadicta sentenciada a cadena perpetua por asesinar a un policía. –Bob (Tchéky Karyo), funcionario del Servicio de Seguridad que descubre el potencial de Nikita como sicario oficial. –Amanda (Jeanne Moreau), profesora de humanización y de feminidad de Nikita. –Marco (Jean-Hugues Anglade), novio de Nikita después de que ella sale de su confinamiento. –Víctor “el limpiador”, exterminador al servicio del Estado enviado en ayuda de Nikita en su última misión.

Algún crítico de cine recordaba, a propósito de *La Femme Nikita*, sin ir más allá de la simple referencia, el discurso de Zarathustra sobre las tres metamorfosis del espíritu: de cómo el espíritu se convierte en camello, el camello en león, y el león, finalmente, en niño. Aquí vamos a examinar con algún detenimiento las transformaciones de Nikita (léase Nikitá) ciñéndonos a esas figuras nietzscheanas, aunque

corrigiendo su orden como lo hace la película.

Nikita, al comienzo, es un león. Más que un león, es una verdadera fiera, una sociópata que no pestañea ante las peores violencias. En la escena que abre la película forma parte de un grupo de drogadictos que van a asaltar una farmacia llevando arrastrado por el pavimento a uno de sus compinches, drogado hasta el alérgico. Como el león de Nietzsche, Nikita dice “yo quiero”. Ante todo, quiere más droga, y lo dice una y otra vez. También como en Nietzsche, su afirmación libertaria es un “no” a todos los deberes. Después de sobrevivir –sentada en el piso, enchufada a un receptor de música– al abaleo que se produce en la farmacia, Nikita, a sangre fría, le vuela la cabeza a un policía. Al comisario que la interroga le atraviesa la mano con un lápiz. En la sala del tribunal donde es condenada a cadena perpetua reparte golpes a diestra y siniestra, y se requie-



ren muchos guardias para someterla. A Bob, el funcionario que toma buena nota de sus talentos criminales y concibe el proyecto de reclutarla para los cuerpos secretos del Estado, lo asalta en la celda y está a punto de matarlo. Finalmente, al karateca que hace de instructor le muerde una oreja y lo deja fuera de combate.

Esa figura de fiera carnicera es la que nos muestra de partida Nikita. Un crítico norteamericano se queja de que Luc Besson, el director, no nos haya contado cómo Nikita se convirtió en fiera, es decir, no nos haya referido los traumas de infancia que la condujeron a encarnar esa figura. Tal reparo carece de valor porque a ningún artista se le deben pedir cuentas por lo que está fuera de sus propósitos. Lo que sí nos muestra la película, en todo detalle, son las circunstancias de la segunda metamorfosis, la transformación de Nikita en camello. Bajo esta segunda figura, matar, para Nikita, no será más un impulso propio, un acto genuinamente personal, sino un “camello”, vale decir, un trabajo con todas las cargosas obligaciones que ello implica: entrenamiento, disciplina, obediencia, etcétera. Adiós al paraíso de la espontaneidad criminal. El Estado es el amo que Nikita debe servir a cambio de su vida. (Se finge primero una ejecución por inyección letal, luego se le amenaza con ejecutarla de verdad si no acepta convertirse en agente de un orga-

nismo oficial, tipo CIA, para cometer asesinatos). Con su educación, primero como ser humano y luego como mujer (ese perfecto complemento del hombre, en las palabras de Amanda, su profesora en feminidad), comienza el verdadero drama en la vida de Nikita. Para realizar con mayor eficiencia los crímenes que se le van a encargar debe revestir las apariencias de una persona formal, cumplir con todos los requisitos de la normatividad. Y, todavía mejor, ser una mujer atractiva. Así, aparte del karate y del tiro al blanco combinados con el manejo de computadores (otro toque brechtiano), se le enseña a maquillarse, a sonreír (la de la sonrisa, el trabajo de arrancar una sonrisa a ese rostro atiesado por la fiereza, es una de las escenas en que brillan los talentos de la actriz Anne Parillaud). Pero resulta que en este proceso de educación como ser humano y como mujer Nikita empieza a perder la bravura y la sangre fría que eran su fuerte, sus dones más sobresalientes. Hay otra escena notable en el lujoso restaurante adonde es llevada Nikita a realizar su primer trabajo, sin advertencia previa. Bob, el funcionario que la reclutó, la invita a comer allí, y tan pronto se sientan a la mesa le entrega un paquete envuelto en papel de regalo. Ante el detalle, Nikita ríe y se revuelve entre alegre y conmovida, femeninamente impresionada. Bob le indica que se abstenga de abrir el

paquete en presencia del mesero. Es un revólver. (A su instructor en computadores, tres años atrás, Nikita también le había hecho un regalo sorpresa: un ratón). Acto seguido Bob le indica la mesa hacia la que ella debe disparar unos minutos después de que él se marche. La *femme* Nikita conoce el despecho, pero rápidamente se recupera y entra en acción. Viene a continuación un segundo y más profundo despecho, también en relación con Bob, que la había instruido sobre una ventana al fondo del baño por donde ella podía escapar. Pero resulta que la ventana está tapiada (“Naturalmente”, le dice más tarde Bob a una Nikita sumida en el dolor y la rabia) y Nikita queda acorralada ante una jauría de guardaespaldas que le dan caza a bala y hasta con lanzallamas. El episodio del asesinato en el restaurante y de la ventana tapiada, en la versión en DVD recientemente *remastered* vista por este comentarista, lleva el siguiente título: “Examen final”. Sobreponerse al descubrimiento de esa ventana tapiada, sobrevivir en esa situación sin salida, dejando atrás un tendal de muertos, es una hazaña que le vale a Nikita una suerte de graduación con honores. Después de esa demostración de excelencia Nikita puede abandonar el lugar de entrenamiento en que ha estado encerrada por tres años y llevar en adelante una vida normal –por lo menos exteriormente. Nikita recibe del Estado una falsa identi-

dad, un falso empleo, y debe estar pronta para las tareas que de tarde en tarde se le asignen.

Esa vida de camello recibe una nueva complicación dramática cuando Nikita anuda un dulce lazo amoroso con el cajero de la primera tienda adonde va de compras. Ese lazo acabará por dar paso a su tercera y última metamorfosis. Es una hermosa relación, sexual y tierna, donde Nikita se convierte plenamente en mujer y, por esta vía, prepara su nietzscheana conversión en niño. De esta complicación sólo indirectamente es responsable el Estado para el que Nikita “camella”. En efecto, toda la iniciativa de ese amor corre por cuenta de ella, pero el amor es en cierta forma la consecuencia de la primera sonrisa y en general de las maneras de mujer que aprendió en su entrenamiento como camello. El amor la feminiza, despierta en ella, aunados a lo sensual, los sentimientos de cariño y de ternura. La mejor escena de la película tiene lugar en el capítulo denominado “Vacaciones en Venecia”. A Venecia, con su novio, va Nikita en viaje pagado por el “tío Bob”, como un supuesto regalo de bodas anticipado. En realidad, es para que cometa allí un asesinato (de eso se entera ella misma en el último minuto) desde el cuarto en que es hospedada. La escena aludida muestra a Nikita, encerrada en el baño, ensamblando un rifle con silenciador y mira telescópica para matar a alguien des-

de la ventana, mientras en el dormitorio su amado e inocente Marco pronuncia para ella, con la puerta del baño de por medio, palabras de enamorado, intimidades que él nunca imaginó que llegaría a expresar —recordando que cuando la vio por primera vez en el supermercado pensó que jamás iba a poder tener una muchacha como ella, etcétera; entretanto, Nikita se pone en posición de tiro, y las lágrimas le ruedan copiosamente por las mejillas. Los dos espacios de esa escena —el baño desde el que Nikita apunta con el rifle, el salón dormitorio donde Marco pronuncia palabras inspiradas— constituyen una buena imagen de los imperativos de la vida contrastados con los vuelos de la estética y del romanticismo. Por las lágrimas en el baño, preludios del niño que acabará por nacer, es claro que como asesina Nikita está echada a perder y que no aprobaría un nuevo examen. Nikita es un ser al margen de la sociedad realmente existente. Pertenence a la raza de los marginales, esos individuos que en posición de camellos —en un servicio, un empleo, una profesión— son incapaces de ejercer sus talentos y mantener firme el pulso cuando son requeridos. En la última misión que se le asigna, robar ciertos documentos de una embajada, la humanización ganada estalla inconteniblemente en forma de prostración femenil, hasta el punto de no poder soportar que Víctor el “limpiador”, enviado a última hora en su

ayuda, arroje tres cuerpos en una tina y se disponga a disolverlos en ácido, acto de todo punto necesario para borrar la identidad de las víctimas y evitar un incidente diplomático. Por culpa en parte de su histerismo, secuela de los rigores del adiestramiento tanto como de la experiencia del vínculo amoroso, la misión de la embajada termina en una gran balacera y en la muerte de esa suerte de Terminator que es el “limpiador”.

El capítulo de la embajada conduce de manera directa a la definitiva transformación de la *femme* Nikita en niño. Después de temblar de pánico en la noche, acunada en los brazos de Marco, Nikita decide desaparecer, dejar atrás al yugo cruel del Estado que la convirtió en camello y también el dulce yugo de Marco. “El niño es inocencia y olvido, un empezar de nuevo, un juego, una rueda que gira, un primer movimiento, una santa afirmación”. Así habló Zaratustra. 🍎

